

LA LENGUA ES... ¿SISTEMA? ¿EXPERIENCIA? ¿INSTRUMENTO? ALGUNAS REFLEXIONES EN TORNO AL DICCIONARIO Y EL IDIOMA

Conferencistas: Andrés Hoyos y Juan Manuel Pombo

Moderador: Carlos Jaime Fajardo

Relator: Carlos Julio Ayram

Todas las palabras alguna vez fueron un neologismo

Jorge Luis Borges

En el mes de abril, como todos los abriles empañados por el recuerdo de la lengua castellana y su conmemoración, hablar de la lengua, su historia, sus caminos intrincados, sus umbrales hoy y su riqueza más allá de una academia compulsiva y rigurosa, nos lleva a pensar en otra forma de tejer una reflexión en torno a nuestro idioma. Navegar en nuestra particularidad lingüística con reflexiones que emergen de la experiencia, la interrogación y la duda nos lleva por otras sendas de comprensión sobre lo problemático que hoy resulta el valor de nuestra lengua.

Invitamos a Andrés Hoyos, escritor y fundador de la revista *El Malpensante*, y a Juan Manuel Pombo, lexicógrafo, filósofo y traductor, para que en esta sesión de LECTURAS COMPARTIDAS tracen algunas reflexiones respecto al idioma, su constitución como sistema



de comunicación, su relación con el diccionario y la institución académica, la validez de algunas palabras que emergen en determinados contextos culturales y su legitimación y reconocimiento en diferentes usos comunicativos.

Todos venimos al lenguaje; nacemos en él para conocer la palabra y con ello descubrimos aquel tejido que nos permite revelar en una frase, en un sencillo enunciado, una posibilidad de discurso y de expresión. Aparecemos dibujados por el lenguaje y el lenguaje se dibuja por nosotros; habitamos de manera inescapable una casa a la cual llegamos, de la cual vivimos, en la cual nos enmudecemos, pero en la cual hablamos de nuestro mundo, de nuestra experiencia, de nuestro propio Ser: la casa del lenguaje diría Heidegger.

Y así como habitamos nuestro Ser con el lenguaje, ocasionalmente no sabemos de él más que lo necesario; su riqueza para la expresión y la comunicación, su forma de habitar con definiciones y símbolos esos otros mundos posibles que a veces se escapan con el ensueño y la imaginación. Poseemos un lenguaje y ese lenguaje nos revela la lengua, la forma, la materia, la posibilidad de interactuar con el mundo que nos adentra a escribirlo bajo signos cargados de paciencia e historia, de poder y voluntad, de representación y angustiosas definiciones.

La historia es referente indispensable, sobre todo para comprender el devenir de una lengua híbrida como la castellana, que tantas palabras y raíces debe al latín, al griego, al árabe y al gallo. Fue un claro instrumento de poder para que el reino de Castilla dominara lingüísticamente la península ibérica y con ello garantizara una unidad fundada en un idioma común, que por carácter territorial y expansivo facilita el proceso conquistador que transformaría, también, la condición de América. La aparición de la gramática castellana de Antonio de Nebrija, la primera de una lengua moderna, en ese año crucial de 1492, ilumina la consolidación de una lengua cuyas normas y formas de uso comienzan entonces a ser reglamentadas en búsqueda de la unidad, y que hoy por hoy sigue siendo una idea fuerza en la concepción de nuestra propia lengua.

Esa idea de lengua normada se encarna con el encargo monárquico de Felipe V, de construir un diccionario cuya primera versión justifica no solamente la palabra en tanto convención, sino las autoridades, citas y etimologías que buscan su estructuración respecto a un poder político y cultural posible a través de mecanismos lingüísticos.

Parafraseando a Andrés Hoyos, esa idea de diccionario se hereda de la vocación de enciclopedismo de la ilustración, que encuentra en él su asidero, como universo de significaciones de una lengua, lo cual determina su valor de uso y de cambio en relación a la misma sociedad. Pero esa etapa prerrevolucionaria francesa, con sus ideas de modernidad -



hasta en la concepción de una lengua-, no agrada en España -por su tendencia religiosa-, y el diccionario como recinto y tejido fundamental de la lengua inicia sus mutaciones.

Un poco antes de 1780, el diccionario abandona citas y autoridades, para clasificar solamente los usos y significados de las palabras nobles e innobles: el diccionario pasa a construir el uso correcto del idioma, su concepto o definición. Respecto a las etimologías, que eran antes de esta época un plus en la constitución del diccionario, también desaparecen. Nuestro conocimiento y contacto con el recinto de la palabra y el significado conservarán casi intacta, desde entonces, esta estructura y función del diccionario del siglo XVIII.

El ascenso del diccionario como materialización del idioma se ve legitimado con el nacimiento de la Real Academia, que como institución de control y estudio de la lengua hacen del recinto de las palabras un universo de “*definiciones*”, lo que en ocasiones fuera solamente un significado impreciso y no realmente concreto de la palabra en sí. Como lo afirma Juan Manuel Pombo, “el diccionario hoy no define nada, porque sus definiciones impiden definir la palabra; son solo rodeos que remiten sin cesar a otras palabras sin llegar a una definición precisa y contundente de la palabra buscada. La definición se evita porque sencillamente no existe en el diccionario”

En relación a lo anterior y desde su condición de lexicógrafo reflexiona Pombo sobre la experiencia de trabajo con la lengua, con su vitalidad, con su valor de uso en contextos reales, donde esta se gesta y arde como una flama eterna; toda una apoteosis. Por ello se pregunta ¿Cuál es la modernidad de una lengua? ¿La lengua castellana tiene una supuesta modernidad? ¿Qué constituye la modernidad de una lengua? La modernidad de una lengua, dice él, no está consagrada solamente a un diccionario, este es solo su posibilidad; una lengua moderna, además de original, incide en el mundo en la cual se encuentra, permite descifrarlo, leerlo de múltiples maneras, interpretarlo, re-escribirlo. La lengua ayuda a pensar la realidad y el mundo, lo cual nos da una entrada a la modernidad, y por tanto a un pensamiento también moderno.

Entre estas reflexiones sobre la lengua y su legitimización en el diccionario, surgen algunas preocupaciones más que siguen el curso de comprender la justificación de la existencia de la Academia de la Lengua, en contraposición con otras lenguas que no tienen una institución normativa semejante, y que no tienen problema alguno con la inclusión de neologismos, palabras emergentes en contextos fuera de la academia y palabras creadas en el marco de la ficción literaria. Un ejemplo de esto ilustra Andrés Hoyos, es Shakespeare, quien en su obra logra incorporar más de 17.000 palabras que para su tiempo no estaba aparentemente “registradas”, y que supo captar a través de su experiencia en algunos contextos particulares ¿Es posible esto en la lengua castellana? ¿Es el diccionario lo bastante flexible para permitir el ingreso de ciertas palabras fuera de su normatividad? Andrés



Hoyos aclara que “El español desborda las posibilidades de sus propios límites, ahí reside su vitalidad como lengua”.

¿Es cierto que los colombianos hablamos el mejor español? Esta inquietud deviene de un narcisismo regional amparado en suponer que existe una mejor forma de hablar o expresarse en una lengua. Andrés Hoyos afirma que definitivamente quienes mejor hablan son los escritores, como por ejemplo García Márquez. Pero no solamente por tener ese rigor y conocimiento de la lengua se habla bien, pues en la cotidianidad existen variopintas formas de hablarlo y no es posible enjuiciarlas por no “hablarse bien”. Por ende, el movimiento de los idiomas no se garantiza por lo las instituciones sino por su circulación en contextos populares. Existen distintas variaciones lingüísticas, formas de fonetizar, de pronunciar, de somatizar algunas palabras y eso es posible por las diversas migraciones e intersecciones culturales, En nuestro país no es que hablemos mejor el español, es que quizás en el altiplano, donde se dio un gran culteranismo lingüístico, quizás tengamos una fonética más neutra de más fácil comprensión para la mayoría de los hispanoparlantes, pero eso sería todo. En el país tenemos muchas maneras de hablarlo, lo cual es una gran cualidad de la lengua castellana.

Más allá de la institución hay también contextos de producción de palabras, de significados, que le dan vitalidad y existencia a una lengua. El diccionario es tan solo uno de los instrumentos que le confieren legitimidad a las palabras, pero no es el único. El contexto, el uso, por ejemplo en los medios impresos y de masas, son también factores claves para que palabras como *comochévere*, *calceto*, *parcerito*, *llave*, vivan en la inmensa red que tejen, destejen y vuelven a tejer las palabras de nuestro idioma.

Una empresa titánica hoy desde la perspectiva de Andrés Hoyos y Juan Manuel Pombo, sería enfrentarse a la construcción de un nuevo diccionario. Dicha labor va más allá de simples tautologías, circunloquios o evasiones, y en vez de ello uno que permita reconocer el vigor y la seducción de nuestra lengua; una lengua que muta, que cambia, que muchas veces escapa a un contenedor y que en ocasiones se pluraliza en sus significados, pues estos no están quietos, son móviles como los lugares donde nacen y las personas que los producen.

Este conversatorio nos sitúa en otro horizonte de comprensión y valoración en torno a lo problemático que puede resultar el fenómeno de la lengua y en este caso particular del diccionario, porque nos enfrenta a una experiencia directa con la palabra y su posibilidad para definir. Este espacio nos devuelve la potestad para reflexionar sobre lo que todos los días no enfrentamos como seres de lenguaje y que nos ingresa a un mundo poblado tanto de definiciones como de representaciones.



